

Aprendiz de Diógenes

No llego, según apreciaciones personales, al síndrome de Diógenes, aunque en mi entorno inmediato alguien piense lo contrario.

No llego ni por el forro a la situación de un pariente que le gusta acumular trastos de todo tipo. Su ingenio, que es mucho en cualquier circunstancia, le ha conducido a aprovechar todos los frigoríficos que se desechan y guardar en ellos pequeños objetos. No es mala idea. Los ordena cuidadosamente en estanterías que ve en un golpe de vista y dentro de la nevera están a salvo del polvo.

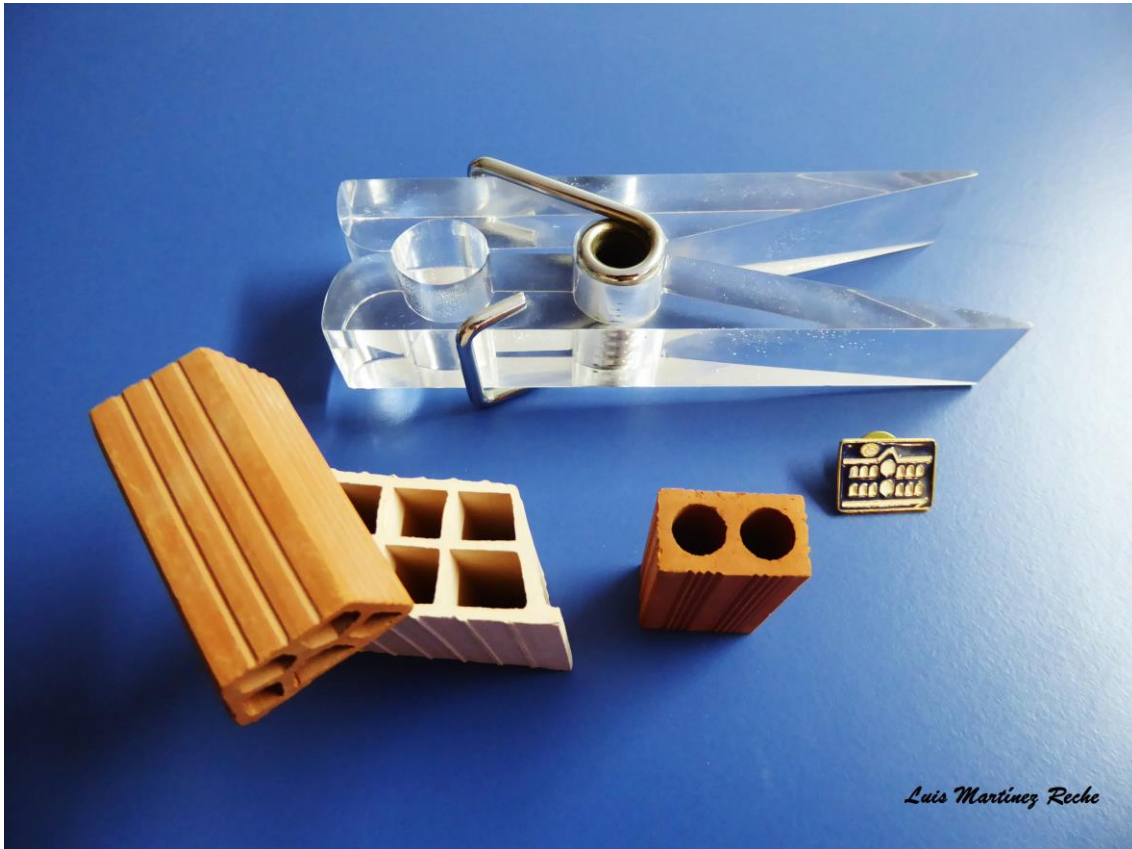
Viene a cuento la reflexión porque en estos días calurosos de verano, andamos a vueltas con el enésimo traslado. Pero como el anterior se produjo hace algunos años, la bofetada de la sorpresa nostálgica te sacude porque ahora ha habido que entrar más a fondo.

Aparece un regalo de mi suegra que ya ni recordaba, unas pinzas de metacrilato preciosas. También un tampón con los datos de un antiguo cargo. ¡Ya ves, cosas que la tecnología pasa ahora por encima! Una lupa, o dos. ¿Y para que quería entonces una lupa si tenía ojos de lince? Pues mira qué bien, ahora ya el lince ve mal. Me encuentro un pin de esos solaperos con el antiguo y estupendo diseño corporativo del Ayuntamiento de Lorca. Aquél trabajo tan meticuloso, tan técnico, como de diseño que hizo el pintor lorquino *Izma*.

Hace tiempo y previendo la que me iba a caer encima le encargué al carpintero un armario para guardar mis antiguas cámaras fotográficas. No menos de una docena. Al principio las apilé ordenadas, podía verlas a través del cristal. Luego las fui arrinconando porque heredé las planchas antiguas de mi madre: una de carbón y dos más que al calentarlas directamente en el fuego podías planchar mientras conservaban el calor. Un teléfono móvil de hace 20 años que parece prehistórico.

El espacio se estrecha y con ello, la posibilidad de conservar el orden inicial. Me preocupa que desde hace un tiempo, para guardar algo, abro la puerta y casi tiro dentro lo que trato de guardar. ¿Se acerca Diógenes? No, pero le doy munición al enemigo.

Lo grave es que detrás de cada cosa aparentemente tan simple se esconde una historia, un recuerdo. Esa jarra que compraste en el viaje a París, porque aunque ibas con las perras justas y ajustadas ¿Cómo volver sin un mísero recuerdo de la capital parisina? ¿Y ahora qué haces, lo tiras? En absoluto.



En el largo camino se han quedado cosas que ya era imposible su traslado o conservarlas. Razones prácticas – ¿Qué hago con una mesa de dibujo lineal que en otro tiempo habría dado media vida por ella? Ahora con los avances técnicos AutoCAD, y sin trabajo, sobra todo–.

Pero si hay algo que me produce casi dolor físico es el destino de mi biblioteca –y no me refiero solo a los libros que necesité durante el proceso formativo–, sino a aquellos que encierran pequeñas historias que tampoco tienen algo que ver con su contenido.

Un libro, como una fotografía, esconde una historia. Anotaciones al margen que solo tú puedes identificar y explicar, fecha y lugar de la compra... subrayados. Aquél o aquella amistad que tuvo la sensibilidad para regalarte ese volumen precisamente en ese momento de tu vida. La estampa de una primera comunión o la invitación de boda que no sabiendo que hacer con ellas las metías entre sus páginas.

Ignoro qué ocurrirá en el futuro. No me atrevo a aconsejar a nuestros descendientes que lo normal y lógico es que se desprendan de todo, que la vida es solo un fognazo que a lo sumo te dejará ligeramente deslumbrado. Que una casa no es un museo. Que los recuerdos son como el humo.

No, no me atrevo.

La Torrecilla, 24 de junio de 2017